

“A Miguel Espinosa, escritor”

Antonio Caro

Diario *La Verdad*, 11 de abril de 1982

“Hacía muchos años que no nos veíamos, Miguel. Tal vez nuestro último encuentro tuvo lugar en aquel rancio café, que ya no existe (tantas cosas que ya no existen, tantas ausencias empedrando ya nuestro camino), lejos de nuestra Murcia, cuando yo, recién llegado a la mítica capital, buscaba amigos, introductores, ánimos para sobrepasar el incierto trance.

No recuerdo de qué hablamos en aquella ocasión. Sin duda, me darías consejos, aliento, recomendaciones, compañía en una palabra. Sí me acuerdo de tu figura despistada apareciendo por la puerta de aquel Café Inglés, en la madrileña Glorieta de Bilbao, hoy transformado –uno más de tantos- en oficina bancaria, de tu sonrisa austera adelantándose hacia mí a través de las redondas gafas, de los sarcasmos salpicando como siempre tu conversación, del afecto –surgiendo de la reserva de nuestra timidez compartida- con que te dirigías a mí.

Con el transcurrir de los años, supe, a través de la prensa, de amigos comunes, de tus éxitos. Un día te veía convertido, contra todas las previsiones, en novelista puntero. El crítico más encumbrado de la Corte saludaba la aparición de tu *Escuela de mandarines* con una sarta insólita de elogios. Yo te imaginaba, en nuestra Murcia, leyendo aquella crítica a bordo de tus gafas bruñidas de escepticismo, desconfiando de aquella consagración que te merecías en justicia, tal vez dedicando en esta ocasión tus sarcasmos a ese crítico que te reducía sin querer al papel de mariposa disecada, precisamente a través de sus elogios.

Pero tú, al parecer, habías encontrado tu camino. Y tras aquella hermética, oceánica, preñada de segundas intenciones, sin duda expresión en clave de tantos años de silencio, *Escuela de mandarines*, vino una segunda novela. Y tú ya eras un escritor consagrado. Y el viejo profesor, compañero tuyo de tantos afanes desdoblado en alcalde de Madrid (como todos vivimos nuestro desdoblamiento; como tú también, Miguel, vivías el tuyo), la presentaba a la intelectualidad de la capital. Y todos los que te apreciábamos adivinábamos, incluso sin contrastarlo contigo, que tú, al fin, habías encontrado tu

camino, que tu sarcasmo hiriente, implacable con todo y con todos, finalmente se plasmaba en escritura refinada, reposada, rigurosa.

Nuestro último contacto fue precisamente a través de tu escritura. Un día, hace años ya, me llegó a mi buzón madrileño, tu compacto, enigmático, fantásticamente bien escrito, *Escuela de mandarines*. En el inicio del grueso volumen figuraba una dedicatoria de tu puño y letra: “Para Antonio Cara, mi amigo, con mi recuerdo, con mi afecto, deseándole una plácida lectura”. Nunca te hice llegar, amigo Miguel, -tal vez demasiado ajetreado por mis afanes madrileños-, mi agradecimiento por aquel envío. Pero sí que lo expresé en el fondo de mi corazón. Y quiero que sepas también (pero ahora ya es demasiado tarde) que me incursioné en la lectura del inmenso tomo con auténtico placer. Y que la lectura, más que plácida, resultó intensa, excitada, reveladora.

Seguí de lejos desde entonces tu andadura. Leía con enfervorizado afecto lo que de ti decía la prensa, los críticos. Nunca sin embargo me decidí a dirigirte esta carta –tal vez por desidia, tal vez porque no tenía nada que decirte que tú ya no supieras- que ahora te destino, cuando ya no es tiempo.

Hace unos meses, en el curso de una breve estancia en nuestra Murcia, me paseaba de noche por sus calles viejas y nuevas. Mis pasos me condujeron, como no podía ser de otra forma, hasta el antiguo Café Santos, hoy fantasma de sí mismo. Pocos de los que lean estas líneas llegarán probablemente a percibir el eco de tu voz todavía resonando en las viejas cristalerías, despotricando contra esto y aquello, ironizando sobre lo uno y lo otro, Unamuno provinciano, disimulando su ternura en el fondo de las redondas gafas.

Y mientras transitaba por esta ciudad desconocida, desportillada, rejuvenecida, tan distinta de aquella que los dos compartimos, me preguntaba qué podías hacer tú en medio de tanto alboroto, en qué remoto rincón ejercías tu desdoblamiento que luego remansabas en mágica escritura.

Hacía muchos años que no nos veíamos, Miguel. Y hoy, de repente, en esta tarde madrileña, me llega como un mazazo la noticia de tu absurda muerte. Siento tanto tiempo perdido para haberte conocido mejor, Miguel Espinosa, escritor. Y sólo me queda el recurso de dirigirte, allí donde estés, ahora que ya no nos queda tiempo, esta postrera carta”.